

NOTAS

LA ETNOLOGIA Y EL MISIONERO

Por Mons. Félix Henao Botero

(Al cumplirse 25 años desde la fundación del Seminario de Misiones de Yarumal, una de las obras católicas de más generoso significado apostólico en Colombia, la Revista de la Universidad Pontificia Bolivariana se asocia de manera cordial al homenaje que toda la República rindió al claustro directivo y a los santos sacerdotes egresados de aquella ilustre casa de Dios y en especial a su insigne fundador y prestante paladín de la causa católica el Exmo. Señor Obispo de Santa Rosa de Osos, Monseñor Miguel Angel Builes. Como tributo especial, recoge en estas páginas el texto de la conferencia dictada por Monseñor Félix Henao Botero, rector de la U. P. B. durante las solemnes festividades celebradas para conmemorar el jubileo cumplimiento de las Bodas de Plata del Seminario, festividades que dieron oportunidad para que la nación entera testimoniase su admiración por aquella empeñosa empresa misional cuyos generosos servicios a la Iglesia y a la Patria son ya suma incontable e invaluable).

La posición de los evolucionistas

El misionero colombiano tiene en sus manos elementos de juicio para refutar con datos los apriorismos socialistas, positivistas y marxistas, originarios de Wever y Spencer, relativos a las tribus primitivas o sea aquéllas que no han tenido contacto con la civilización y conservan sus costumbres, opiniones, creencias, estructura familiar y un sentido de la propiedad. Porque desde Bebel, pasando por Spencer y llegando hasta Bachofen y Morgan, todos ellos han sostenido, sin un estudio a fondo, que los primitivos no han conocido la propiedad privada; que el *vagus concubitus* de Horacio, la familia punalia y el matriarcado fueron la etapa histórica de la prehistoria y que el miedo fue el único motivo creador de la fe en un Dios terrible, único Dios que, según ellos, han conocido las antiguas y modernas tribus indígenas.

Cuando la reforma del año treinta y seis, elementos filocomunistas de Colombia, sostuvieron tales tesis, llevados por un afán totalitario y por una concepción hegeliana del Estado omnipotente, paternal e intervencionista, como ú-

Notas

nica deidad y razón de ser de las sociedades e instituciones divinas y humanas.

Pero fallaron en sus cálculos y se quedaron atrás en sus investigaciones. El Museo Etnológico Lateranense, superior a los de Londres, Viena y París, y los estudios concientes de etnólogos contemporáneos desapasionados, echaron por tierra aquellas afirmaciones aprovechadas por los marxistas, y han demostrado que en las verdaderas tribus primitivas fue conocida la propiedad privada, se practica la familia monogámica, ha existido la creencia en un Dios bueno, en una vida superior de premios y castigos como eco de la primitiva revelación. En una encuesta que corre publicada en la revista "Almas", las misioneras de la Madre Laura se dignaron respondernos de varias tribus primitivas colombianas en las cuales esos cuatro puntos: la propiedad privada, la creencia en un Dios bueno, en una vida futura y el matrimonio monogámico eran conocidos y practicados.

Como Schmidt, Lennan calificaba de *alucinación febril* los postulados socialistas de que los primitivos no han conocido la propiedad privada, ni la existencia de un Dios misericordioso, ni el dogma de la vida futura, ni el matrimonio monogámico. Les traía a cuenta a los fanáticos marxistas defender el evolucionismo como tesis y sostener a priori que los primitivos han ignorado la moral, han vivido sin hogar y han sido supersticiosos solamente por haber deificado los fenómenos incomprensibles para ellos como el rayo, la catarata, el huracán.

Ankerman y Graebner realizaron estudios etnológicos de extraordinario valor en África y Oceanía en los cuales ayudados por los misioneros, destruyeron las afirmaciones de comunistas y positivistas. Entre los karayas del Brasil, los pigmeos, los wedas de Ceylán se han elaborado estudios pacientes cuyos resultados contradicen las afirmaciones precipitadas e intencionadas de los discípulos de Bebel y de Morgan. Por ejemplo, entre los andamenes existe la monogamia, se vigila la fidelidad conyugal y Westermak concluye: "Es evidente que la promiscuidad no ha sido jamás un estadio general de la evolución social..., la tesis de la promiscuidad es esencialmente anticientífica".

Tienen los pigmeos pequeña estatura, carecen de mitología complicada, de danzas obscenas, de costumbres violentas y crueles. Tienen una vida psíquica intensa, como lo demuestra el pensamiento continuo y una intensa vida afectiva movida por sentimientos morales. Sus mujeres van vestidas, desconocen las orgías secretas, distinguen el bien del mal, son ignorados el suicidio, el robo y la rapiña.

Entre nosotros el doctor Uribe Angel hace estudios bastante aproximados acerca de las costumbres, capacidad artística y vida religiosa y social de las tribus descendientes de las dos grandes ramas chibchas y caribes que, viniendo del norte, invadieron el territorio nacional. Sobre los nutabas afirma que "el arte de los vestidos les era familiar y su vestidura talar era casi completa"; y sobre los tahamíes conceptúa que "eran más dispuestos a entrar en la vida social, aventajados en ejercicios gimnásticos, etc."; y como dato interesante trae el mismo autor el siguiente: "en religión poseían los indígenas antioqueños las siguientes nociones: creían en un ser equivalente a Dios, autor único del universo, que arreglaba y ordenaba el movimiento y manera de ser de todas las cosas creadas. A dicho ser apellidaban los catíos Abirú, que en su idioma quiere decir *sumamente bueno*. Conocían al diablo a quien denominaban Canicubá que significa un ser *enteramente malo*. El adulterio, por común acuerdo, era mirado con horror por estos bárbaros; los hombres eran celosos de su

Notas

honra; las mujeres eran generalmente honestas". Las tribus del Vaupés son monogámicas y creen en Dios.

La posición católica

Desde el padre Las Casas y los historiadores de la Conquista hemos conocido la defensa del alma inmortal del indígena, espiritual y libre, con sentido de responsabilidad y capacidades psíquicas para el bien y para el arte. En los concilios del Perú, Santo Toribio de Mongrovejo daba normas para tratarlos con humanidad, evangelizarlos con amor y alentarlos en sus capacidades artísticas lo mismo que para defender el derecho de indias. La copiosa legislación en favor del indígena tratado con humanidad y defendido contra la concupiscencia de encomenderos y de alcahaleros corre publicada en una obra de extraordinario valor científico que todos vosotros conocéis, del distinguido sacerdote Dr. Rafael Gómez Hoyos. Y en las escuelas de derecho del país se estudian a fondo las normas del derecho indiano con base en la Sagrada Teología y en el derecho internacional de sus grandes creadores los padres Suárez y Victoria, discípulos eminentísimos de Santo Tomás de Aquino.

Por eso los misioneros que defendieron al indio supieron también encauzarlo, incorporarlo en la civilización y darle la noción de la hermandad del humano linaje. Las reducciones del Paraguay y la obra de los jesuitas en los Llanos Orientales de Colombia fueron creaciones sorprendentes que los laicistas y anticlericales derrumbaron sin que hasta nuestros días hayan aparecido sucedáneos. Caspicara en Quito es un indio escuela y las escolanías de los frailes en Tunja, en Bogotá, en Lima, en Méjico adivinaron o intuyeron el alma de los indios y al par que les dieron los conocimientos de catequesis, supieron agruparlos, moralizarlos y adaptar sus grandes capacidades en la cerámica, en la orfebrería, en arquitectura y en decoración. Los teocalis de Méjico, las calzadas que van de Cuzco a Quito y de Quito a Pasto, los templos al sol en el altiplano de Bolivia y el conocimiento de la astronomía de los quichuas y aimarás, lo mismo que la prodigiosa producción monumental de San Agustín en Colombia, revelan una vida psíquica intensa y grandes capacidades intelectuales, religiosas y morales de los primitivos americanos.

Los protestantes y los comunistas han llegado muy tarde a trabajar por el indio descristianizándolo y deshumanizándolo, pero no han producido otra cosa que el caos y el odio ya que el efecto no puede ser superior a la causa. Es caso curioso el que casi todos los gobiernos de la América Latina impiden la propaganda protestante entre las misiones porque los gobiernos saben que los misioneros llevan con la fé de Cristo el sentido de la soberanía patria y que los protestantes son las avanzadas del imperialismo entre nosotros. Mientras la América Latina sea católica homogéneamente, decía el primer Roosevelt a un estadista de Argentina, estos pueblos del sur conservarán su independencia. Ante la protesta del embajador norteamericano en Lima porque la cancillería del Rímac impedía el ingreso de pastores protestantes al Perú y específicamente a los territorios de misiones, el ministro contestó al embajador: "el problema de la inmigración es asunto que incumbe al Perú y ningún poder extranjero puede imponerle pautas". Bello ejemplo para todos los gobiernos de América Hispana.

En el Instituto Etnológico Nacional, dirigido hoy felizmente por el doctor Francisco Vélez Arango, antiguo bachiller de la Bolivariana y graduado en Estados Unidos en etnología, se ven con frecuencia misioneros protestantes dis-

Notas

frazados de geólogos o naturalistas quienes van en busca de datos sobre gramática, costumbres, mentalidad, mitologías de los indios. Conversando con él sobre la posibilidad de ayudarle al misionero colombiano con todos los datos admirables que se han ido acumulando en aquella institución, nos ofrecía una beca para un javeriano que fuera a estudiar durante el tiempo suficiente a fin de adaptarse y formarse en estos conocimientos indispensables para el misionero, como lo recalcan las orientaciones pontificias desde Benedicto XV para acá, siempre que aquel sacerdote pudiera venir a fundar la cátedra de etnología y a dirigir la biblioteca misional en estos claustros inmortales.

La etnología al servicio de las misiones

En Colombia se han presentado dos grandes movimientos etnológicos: el uno orientado por Rivet, positivista; y creado el segundo por el padre Castellví en Sibundoy. El misionero colombiano no ha tenido acceso hasta hace pocos días al Instituto Etnológico Nacional en que su tarea evangelizadora era subestimada o ignorada, como táctica. Al contrario en Sibundoy el esfuerzo incalculable de un sacerdote ha tenido un éxito tal, que universidades de Europa y América del Norte reclamaron el contacto con aquella institución y llevaron al Padre Castellví, desdichadamente desaparecido en edad prematura, a dictar conferencias en los grandes claustros universitarios de ambos continentes.

Hay un tipo de etnología espiritualista que tiene en el Lateranense de Roma su máxima orientación y que ha llegado ya hasta nosotros a través de algunos misioneros preparados y se orienta definitivamente en el Etnológico Nacional por obra y gracia del distinguido profesional que ofrece sus servicios de orientación en este campo desde su dirección en Bogotá.

La etnología no excluye el conocimiento metafísico de las causas últimas pero dirige preferentemente sus estudios al análisis de la conducta social de las personas, las instituciones, los sistemas religiosos de los primitivos, considerándolos en el orden teórico-práctico sin menospreciar las causas históricas inmediatas al hecho observado. Entendida así como ciencia la etnología se realiza en un orden paralelo al de las ciencias naturales y tiene afinidades en la sociología, la lingüística, la economía y la psicología comparada. En cada una de estas ciencias los aportes del misionero pueden ser de un incalculable valor para la eficacia de su labor. Porque cuando un misionero conoce verbigracia la vida familiar o económica de un clan o de una tribu y sus razones históricas, evita fracasos casi seguros al desconocerlas.

El etnólogo conoce las costumbres del primitivo, procura explicar sus motivaciones, descubre la esencia de las instituciones heredadas no obstante las formas variadas de organización social. El conocimiento de sus dioses, de sus teologías rudimentarias, de sus rituales bárbaros, de los sacrificios de los hombres y las cosas, de su crueldad o mansedumbre, le facilitan datos para entrar con cierta certidumbre en el alma indígena.

El estudio descriptivo que realiza el misionero le servirá mañana al gobernante y será de un valor muy eficaz en la ciencia normativa. Primero debemos estudiar la ciencia del ser a fin de llegar con rapidez y seguridad a la ciencia del deber ser.

La etnología orientada por Rivet, positivista, no solamente no le daba al misionero los datos y el acopio doctrinal para su función evangelizadora sino

Notas

que lo alejaba, menospreciando su espíritu apostólico y su capacidad de investigación. Todo ello a nombre de la etnología.

Cuando regresábamos los sacerdotes de Roma a nuestras respectivas patrias nos dijo la Santidad de Pío XI esta norma de extraordinaria perspicacia para nuestra futura labor sacerdotal: "Primo anno, videre; secundo anno, previdere; tertio, anno juxta cognita procedere", lo cual *mutatis mutandis* podría servir para el misionero. El primer año representaría en ese caso su formación sacerdotal y misionera, acrecentada por los estudios de los aborígenes mediante la etnología comparada y la misiología psicológica. La segunda etapa la realiza directamente el misionero, valiéndose de los datos de investigación científica adquiridos y de las preciosas experiencias de sus compañeros en el conocimiento de las tribus. En ella se enfrenta el evangelizador a la intrincada configuración de un sistema cultural distinto al de su tradición; el grupo de hombres y mujeres, ancianos y niños a quienes habrá de adoctrinar, organizan sus vidas en función de una constelación de valores diferentes a las de un grupo campesino, por ejemplo. Su organización social está por regla general caracterizada por el clan y otras instituciones ausentes en las sociedades civilizadas. Tales grupos humanos se caracterizan por la fijación de las relaciones entre las personas, pertenecientes a distintos clanes, en cuanto estas relaciones se refieren a la formación de la familia, el intercambio económico, la jurisdicción de sus autoridades en función de normas y códigos tradicionales de mutua responsabilidad. La vida económica del primitivo, cuando no es de tipo nómada se determina generalmente por motivos bien distintos al del campesino nuestro. El indio carece generalmente del sentido acumulativo que tienen numerosos agricultores de Colombia y es preciso crearle una mayor ambición y una mayor estabilidad en su bohío, en sus labrantíos, en sus aspiraciones. Cómo hacerlo? Las luces del Espíritu Santo, la experiencia de los misioneros anteriores, el estudio experimental de la psicología del indio y la agilidad y táctica para suscitarle interés por formas que no conoce o que no se han interesado, pero le convienen para mejorar su vida y para poder ponerse en condiciones de recibir no solamente la doctrina revelada sino también sus grandes realizaciones en la vida social, familiar, económica y social. El misionero necesita descubrir todo éso porque la eficiencia de su intervención posterior depende en alto grado del conocimiento que posea de la dinámica y organización de las costumbres, tanto sociales como sagradas de la comunidad. El desconocimiento de tales datos dificulta necesariamente su labor.

La tercera etapa la van realizando conjuntamente el Seminario de Misiones de Yarumal, los misioneros de todo el país de ambos sexos, el intercambio que se realiza por encuestas, cartas, publicaciones, bibliotecas y contacto directo de las distintas misiones y misioneros con un sentido no solamente nacional sino ecuménico y entonces se realizará la palabra de San Pablo: "Yo planté, Apolo regó y Dios ha dado el incremento".

Permitidme, Excelentísimos Señores y compañeros de misiones en la República, que dando un poco de libertad a la imaginación yo pueda formular mis votos para que en un futuro cercano podamos contemplar al frente de este edificio que está haciendo patria las tres estatuas que representan a nuestros símbolos y conductores. La una, la del padre Las Casas que se presenta ante las Cortes de España para defender al indio; la segunda, la de San Pedro Claver,

Notas

intérprete del negro, su apóstol y evangelizador; y la tercera, la del Excmo. Señor Miguel Angel Builes regalo de Dios a la Patria y a la Iglesia colombianas, creador, sostenedor y guía de estos empeños de inmarcesible grandeza. Y que cuando el estudiante, el sabio o el misionero que regresa atraviesen estos umbrales puedan encontrar aquí bajo el alero familiar, la mejor biblioteca misionológica de América, el laboratorio de psicología experimental y un museo etnológico de orientación cristiana para cuyo funcionamiento y desarrollo traigo la oferta del señor director del Museo Etnológico Nacional, bolivariano y creyente.

REFLEXIONES SOBRE EL RESPETO

Por Francisco Marulanda Correa

En la moderna batalla de ideas, donde el adversario empezó por dirigir sus tiros calculada y friamente contra todo lo que es divino, para luego invadir y pisotear con descaro todos los tesoros de la humana cultura; fue la persona humana uno de los blancos donde llovieron los más fieros y tajantes mandobles. De ahí que veamos hoy que una sociedad nutrida de principios materialistas, no tiene asilo que ofrecer a la dignidad humana; y que echando a rodar las jerarquías de que antes se ufanaba la vida social, deja como única valedera la jerarquía de los sistemas económicos. El instinto de la bestia arrojó los frenos, y por natural afecto, la persona se vió privada de todo lo que constituye su propia excelencia.

Mucha riqueza, es cierto, se ha venido acumulando año tras año, y con ella opulentas comodidades materiales para hacer la vida fácil y con holganza placentera. Pero los siglos XIX y XX, en carrera de prosperidad no soñada antes, y con esa que Guillermo Ferro apellidó "locura de lo ilimitado", hicieron esfuerzos titánicos por acabar con el mundo suprasensible, e ignorado por entero el amor que nace del significado de la persona humana y que fue la más sorprendente revelación del Evangelio.

Desaparecidas con el amor las fronteras que separan lo bueno de lo malo quedó únicamente en ésta sociedad azolada, lo que Alexis Carrel llamó "el chacal ansioso de presa y de placer". Sólo ya cuando la tempestad se hizo amenazante para los poderosos, se reconoció la existencia de un problema que era preciso resolver sin dilaciones. Y vinieron leyes sociales y vinieron también obras sociales. Mas como el operario había obrado sin luz interior y sin otro motor que el propio miedo, la soldadura entre las clases diferenciadas por la fortuna resultó de pésima calidad.

Fue que estos siglos, calados hasta el tuétano de cientismo positivista, y habituados a considerar los problemas de la civilización a flor de tierra; no obstante que en su lenguaje peculiar fue donde más se hizo resonar el nombre de la vida; no supieron en verdad qué cosa era la vida humana, ni se preocuparon por aprenderlo y difundir en el mundo el significado de ella. Los intereses del alma que son primaciales en la ciencia de la vida, padecieron infamante menosprecio; la máquina y el goce animal diluyeron el espíritu, y el mundo entero paga hoy con desmesurado precio la ventaja humillante de la técnica sobre la inteligencia del hombre y sobre las verdaderas leyes de la vida. El cuerpo social, enriquecido con mil hallazgos de la ciencia y de la industria, no puede, como el cadáver de la fábula mantenerse en pié; le falta un alma. No tiene un principio unificador que difunda por las venas del compuesto el aliento de una

Notas

vida fuerte y durable; ya que no hay otra unidad que la unión resultante de la más burda yuxtaposición de egoísmos individuales y nacionales llamados a parar en una general disolución.

De un cuerpo así como este, sin alma y herido por todas las codicias, forzoso era que desapareciesen los más preciosos atractivos a que daba nacimiento y brillo la íntima unidad nacida del sometimiento a la ley.

Uno de estos atractivos era el suave calor que a las relaciones humanas da de suyo la virtud del respeto, que nace de la justicia y enmarca de ricos esplendores la excelencia natural del ser humano. Es esta gran virtud, el respeto, uno de los muertos que van arrastrados por la creciente del paganismo contemporáneo. Es decir que tenemos ahí una de las más dolorosas y mayores pérdidas sufridas por el orden social. Por el orden, que pierde uno de sus goznes más potentes; por la sociedad, que se ve privada de un fuerte lazo de unión, y de eso que un filósofo de nuestro días llama "flor exquisita cuyo perfume sevo agrada al mismo Dios".

Imposible era que no padeciese muerte el respeto, en esta refriega en que la misma persona humana perdió su significado y su precio. Nos hemos quedado sin faro para subir a la cumbre de la cultura. El hombre es un desconocido. Hace poco tiempo, allá en el año de mil novecientos cuarenta y seis, fue escrita una declaración desolada, que suscribió el episcopado norteamericano. Decía así: "A pesar del triunfo bélico, la paz se halla en fundamental divergencia de actitudes respecto de los derechos del hombre". Y añadían los prelados: "Antes de que podamos tener esperanza de una paz verdadera, debe llegarse entre los llamados a hacerla posible a un acuerdo sobre la cuestión básica del hombre como tal".

De modo, pues, que todavía hace apenas cinco años y cuando parecía podrirse bajo las ruinas de su propia violencia el nazismo enterrador de la dignidad humana; todavía, en el seno de las asambleas formadas por los vencedores y paladines de la libertad, y por los llamados a iluminar el rostro del hombre con los resplandores de una doctrina adecuada sobre su naturaleza, sus atributos y sus derechos, todavía digo, en mil novecientos cuarenta y seis —ayer— no sabían los profetas de la dignidad humana qué cosa es "el hombre como tal".

Qué amargura y qué peso carga sobre el espíritu. Los salvadores de la paz y los hacedores de la nueva cultura no tienen idea de lo que es y de lo que vale el hombre. Más amargo aún es que por dondequiera hallamos el mismo desconocimiento. Vivimos a distancias estelares de aquellos sabios —estos sí de verdad— de aquellos primeros cristianos que besaban con unción el pecho de sus hijos, pensando temerosos y reverentes en "el misterio eterno que allí vive", como dice Maritain; "en esa invisible Psíquis que reside en todo ser humano; que lo hace ser lo que es, que durará más que el mundo, que durará siempre, después que su figura carnal se halla desvanecido".

Nunca es sobrado el empeño que se ponga en acentuar el precio de la vida humana, fundado en el que tiene de suyo la persona.

Digamos que, lo primero en esta se advierte que "existe, si no exclusivamente, sí realmente para su propio bien", y para servir de vocero a todas las cosas en la glorificación del Creador. De ésta vocación y timbre de honor se desprende que en el hombre halla el universo la vía por donde todos los seres de sí no fuera; si las creaturas todas, no tuviesen un heraldo cuya inteligencia se emplease en glorificar al Hacedor, entonces resultaría que la Sabiduría infinita había fecundado el seno de la nada, y había revestido el cosmos de infini-

tos resplandores, para fines indignos de sí misma; o para mejor hablar, como lo dice el padre Vermeersche, "puesto que fuera de Dios no hay en verdad nada subsistente, resultaría que El había hecho las cosas para nada".

Ahora bien. Cualquier principiante de filosofía del derecho sabe que el hombre necesita la sociedad para vivir como hombre; es decir provisto de todo lo que exige una vida alta y noble, cual compete al rey de la creación. Y en este camino topamos con otra verdad de incomparable valía. Porque no es posible en pueblo alguno, ni en estadio alguno de la civilización, prescindir del valor que tiene la persona humana llamada, como se dijo yá, a tan altos destinos. Por nada del mundo puede, pues, tolerarse que se la rebaje a la categoría de simple medio o instrumento destinado al provecho de ningún individuo o colectividad. La rodea como muralla adamantina el derecho, prolongación suya, que le sirve a un tiempo mismo de testigo para certificar su debilidad y su grandeza. Se ha podido, por eso, definirla como sujeto de derechos; es decir, como poseedora de esa facultad inviolable que la acompaña siempre y en cuya virtud es dueña única de los actos y cosas relativas a su propio bien. En la contemplación del orden moral, es imposible no sentirse emocionado con el espectáculo ofrecido por este acudir a nosotros como a su fin propio, todo un orden de cosas destinado a servirnos en el sostenimiento de la vida y en la tarea de levantar a las mayores alturas el cumplimiento de los anhelos humanos. Ve la importancia del derecho, a quien toca el encargo de asegurarnos aquella majestad y realce, y por quien sentimos vibrar en el alma el sentimiento de una legítima y justa altivez. Es perfectamente natural que se levante en nosotros la protesta airada contra todo lo que viola o empaña o menosprecia la propia dignidad tan venerable por su origen, tan grande por su destino; y que se levante siempre bien sea que el agravio se haga violando los setos de la justicia propiamente dicha, o bien en alguna de sus anexidades como lo es el respeto.

Por lo que mira a este último, no hace mucho tiempo que la protesta hubo de alcanzarse entre nosotros, y se alzó con encendimiento en varios órganos de la prensa nacional.

Al rostro se nos tiró la amarga verdad de que a estas horas nadie piensa en respetar a nadie ni nada; y que la ordinariez y el descaro llevan sus olas desde la más íntima conversación hasta los actos sociales de mayor importancia, antaño rodeados de la solemnidad exigida por el más serio sentido de la vida.

Tan burda y arrolladora es la invasión de esta ordinariez y grosería, que no tuvo a menos clamar contra ella el mismo Jefe del Estado.

Más triste aún es que, si pasamos de la periferia al centro de las cosas, nos hallamos con que la nuestra de hoy es una pobre humanidad que nada sabe de su propio precio, y que va por descaminos a convencerse de que lo ha hecho todo por la cultura y por el brillo del linaje, cuando ha trasladado al músculo los triunfos que antes se esperaban del cerebro. Hablemos de esta desventura y digamos que, al compás que el hombre fue avanzando en el señorío de la naturaleza material, también esta materia sin alma se fue, en desquite, apoderando del hombre. El espíritu dobló las alas bajo el peso de la física; y por natural consecuencia, lo bello se empañó, lo noble se avillanó, lo grande se aplebeyó.

Una vez trastornados, junto con la belleza y dignidad de la vida. todos los demás valores del orden universal y los privilegios del espíritu; el camino que lleva a la cima donde tiene su asiento el reino del bello animal humano

divinizado por Cristo, se ocultó a la vista de los caminantes; y vino entonces el arrastrar los anhelos a flor de tierra para satisfacerlos con fango, volviendo reueltamente la espalda a todo esplendor de legítima grandeza humana.

Nunca es sobrado ni bastante el empeño que se tome acerca de este tema: en él se halla la clave de la misteriosa y lúgubre caída actual de la cultura. Es que el hombre ya no sabe nada de su precio ni del que tienen las relaciones de unos hombres con otros. Ahí radica el gran fracaso. Porque nadie puede ignorar el hecho eminente de que toda cultura, todo esplendor durable y todo ascenso firme de la especie, dependen de la idea que se tiene del hombre y de los destinos a él señalados por la mano que le dió el ser. Mas pregunto. Para un mundo en que la fuerza ha destronado al derecho, y que tomó por leit motiv de sus progresos el "struggle for life" preconizado por Darwin como ley de los organismos inferiores; para un mundo que, dejando florecer en su carne la sensualidad del viejo paganismo, y canonizando el pecado con Lutero y Rousseau, ha visto con tranquilidad la nueva irrupción de la esclavitud, implantada, acentuada y consagrada por el racismo alemán, y mantenida con cinismo por los regímenes comunistas; para un mundo en que la riqueza de tipo capitalista enciende en las almas codicias inauditas y hace de "mammona de iniquidad" su único Dios, su único cielo; para un mundo que grita a veces no haber otra vida fuera de la presente, ni que darle ya al hombre otro ideal que amontonar riquezas materiales, con menosprecio total de los ayes humanos, y con asco no disimulado de las bienaventuranzas evangélicas; para este mundo así tan envilecido y soberbio, tan trastornado, sin ventanas para el aire de los mensajes divinos de la justicia y el amor: podrá esperarse que el respeto debido a las excelencias personales, el respeto que anuda y vigoriza las relaciones de los hombres, podrá esperarse, digo, que deje de ser una cosa imposible, una impertinencia despreciable?

Mucho se dijo, mucho se advirtió y clamó en todos los tonos sugeridos por la razón y la sabiduría, pero la humana fatuidad no dejó escuchar el mensaje saludable. Y el cine asqueante, y el radio osado y vulgar, y la revista sucia y descarada, y el pasquín chismoso, abominable, todos ellos cumplieron su encargo con fidelidad ejemplar. Y pueden ya rendir una cuenta sabrosa para el espíritu misterioso que empuja todo el mundo hacia la disolución. La dignidad humana, en consecuencia, pasó a la categoría de trasto viejo, arrumbado, que a esta generación sin delicadeza ni elegancias no inspiran sino asco y desdén.

Tenía, pues, que llegar y llegó la desaparición del respeto, virtud que —ya se dijo— nace en el seno de la justicia y perfuma y realza dignamente la convivencia social. Y es tan grande el vacío dejado por ella, que espanta a quienes solo consideran con conocimiento de causa, por mi parte, no vacilo en afirmar que emprender una cruzada por el renacimiento del respeto, es una de las más graves obligaciones de los educadores y de cualesquiera optimates que en alguna forma debe contribuir al medro de la civilización. Necesitamos escuelas de respeto, mucho más que escuelas de alfabeto, con ser estas de tan alta importancia en el desenvolvimiento cultural. No basta levantar suntuosos edificios soleados y alegres, ni tampoco multiplicar los centros de ilustración meramente científica; si en nuestra vida civilizada no es lo primero gozar de una atmósfera que difunda la esencia del respeto. Porque ni hay tesoro que le supere en la felicidad social, ni perfume que le aventaje en la exquisitez de su esencia, ni patrón que sirva mejor para rendir el grado alcanzado en la vía del progreso verdaderamente humano.

Notas

Responderé, ahora sí, a la pregunta, que todos me estaréis haciendo en vuestro interior.

¿De qué esencia es eso tan alto, tan noble y tan necesario, conocido con el nombre de respeto? Siguiendo a Santo Tomás de Aquino diré que el respeto es una virtud que nos hace tributar honor y culto a nuestros superiores. Lo enseñaba así también Cicerón. Santo Tomás adopta el concepto, y lo explica dándole por adehala el realce que a toda filosofía añade el contacto con la teología. A manera de título nobiliario, el respeto tiene parentesco con el homenaje de veneración debido a nuestros padres carnales. Se funda ello en que la superioridad que debemos reconocer y acatar en las personas encargadas de velar por el bien común, ofrece a los ojos del alma el semblante de la paternidad natural. En efecto, la superioridad de los encargos de la común bienandanza, es principio de seguridad, de paz, de progreso y de toda la prosperidad que naturalmente esperamos hallar en el consorcio de los hombres. Y esto es precisamente lo que enseña Santo Tomás. Porque para el Angélico doctor, en la familia, el padre es "el principio a un tiempo mismo de la generación, de la educación, de la instrucción y de todo lo que atañe a la vida humana perfecta". El parentesco es pues, evidente.

A nosotros, incumbe ver aquí uno de esos temas que, como el del amor y la familia, la justicia y Dios, es eterno y constituye uno de los más fuertes pilares de la civilización. Solo que la superficialidad contemporánea hace que suene como campana rota cualquier apología que se haga de él. Para una civilización que, en negocios del alma, se contenta con vivir del "perfume de un frasco vacío", como decía Renán, todos los grandes valores se deslumbraron y dejaron de interesarle. ¿Ni qué suerte podía aguardarle a la virtud del respeto, en un mundo que ha visto sin morirse la noche de la humana personalidad, acarreada por las potencias esclavistas del presente siglo? Allá tenía que ir la rebeldía del espíritu exacerbada hasta lo sumo en las modernas sociedades. Ya en 1923 escribía un ilustre sociólogo belga: "Al cabo de treinta años, durante los cuales el sectarismo anticatólico ha trabajado sin tregua en su obra de disolución, vemos la rapidez con que todo se hunde: la disciplina, el respeto, los más elementales preceptos de la moral".

A la hora en que el hombre se declara absoluto y se dice dueño de una autonomía indiscutible; cuando se erige así propio en árbitro único del universo y de la vida: es precisamente —y aquí está el enigma— cuando más feamente se doblega y baja la frente hasta el polvo con renuencia airada a levantarla hacia el firmamento de su grandeza. Ahora es cuando va encorvado en pos de humillaciones sin nombre para la especie entera; es ahora cuando se somete a todos los abatimientos del espíritu, y ni cultiva su nativa existencia, ni la defiende, ni llora su pérdida, ni mucho menos la reconoce y reverencia en los demás mortales. Dió un grito secular de rebeldía; se enfrentó a las leyes divinas, y se quedó sin aspirar a otra cosa que a los goces animales; se quedó sin buscar nada más que las delicias de una tierra transformada en bodega in-exhausta por la magia de la química; y con esta mentalidad fraguada e inflexible como un lingote de linotipo se desdeña de mirar al cielo y en él clavar la esperanza de una dignificación coloreada de eternidad.

Se trata de una crisis metafísica, como lo afirma Gabriel Marcel. De algo que produce espanto y amargura, porque es un pecado abominable contra el ser. Todo se ha hundido en el caos, después de borrarse las inscripciones de la esperanza. Y hoy, al grito de Nietzsche y de la cauda miserable de sus dis-

Notas

cíbulos: "Dios ha muerto", se ha podido responder con siniestra serenidad: "El hombre está agonizando".

Cuando se ha sondeado con pausa y con amor el mundo moral de esta hora veinticinco; y si se medita en la violencia que todo lo arrolla, y en la injusticia y torpeza con que se menosprecian los más nobles valores de la sociedad, y con que se acepta la muerte de los ideales que fueron prez del linaje; viene entonces a herirnos con viveza la consideración de ese abandono criminal en que van creciendo las nuevas generaciones, en orden al cultivo de las virtudes que, como el respeto, son corona y brillo de la personalidad, y lazo que afianza con suavidad las relaciones sociales. Me parece terminante esta aseveración de Foesrter: "El desafecto —dice el sabio pensador alemán— el desafecto progresivo del pequeño hacia el grande, de la multitud para con el genio, de los humanos para con lo divino, tiene que parar lógicamente en una total barbarie, por la sencilla razón de que la cultura descansa eminentemente sobre el respeto".

Aunque el título al parecer más fundamental de quien exige nuestro respeto, es el del beneficio, no obstante, va con él en compañía inseparable también la excelencia personal. Toda excelencia, en efecto, es principio de social ennoblecimiento. Debe ir, pues, nuestro acatamiento respetuoso desde el gobernante que rige el timón del Estado hasta el educador que fomenta la robustez de la vida en sus discípulos; desde el militar que vive en trance de sacrificio por la patria y por el sosiego feliz de la sociedad, hasta el profesional de gabinete que pone su inteligencia y su corazón al servicio de todo cuanto dice bienestar, lustre y decoro de la comunidad. Todos ellos son principio y motor de la cultura, es decir, principio de engrandecimiento social; de todos debemos sentirnos orgullosos, reconocernos deudores, y a todos ellos nos incumbe tributar la reverencia que en rigor es de tributar a los autores de nuestros días.

Si detenemos todavía el paso en este umbral de bellezas morales, veremos abrirse ante nuestros ojos un nuevo aspecto luminoso del tema. Veámoslo. Piedad filial para con el hogar y con la patria; homenaje de admiración y reverencia para todas las grandezas sociales, políticas y morales: hé aquí un reflejo que viene del mundo religioso. Hé aquí —me permito añadir— una verdad tan necesaria a la formación de personalidades eminentes y al medro de la sociedad, que urge gritarse, y no ahorrar esfuerzos porque el mundo se habitúe a ver siempre en todas las excelencias de la civilización —contando en primer término de ellas el respeto— un semblante, un signo de religión, próximo o remoto pero en todo caso real. Ningún problema de la civilización existe que no sea al mismo tiempo una cuestión religiosa. Así lo afirmaba Ernesto Hello. Y Carlyle, que se extasiaba con el pensamiento del respeto, ensalzaba esta virtud como el título más alto que tiene el cristianismo para reclamar el reconocimiento de la historia humana.

Quema como un ramalazo de ortigas en la carne desnuda, el encuentro con esas almas envenenadas, que ora en la prensa, ora en la conversación corriente, pululan como ciertos insectos patógenos, y para las cuales no hay mérito, no hay excelencia alguna digna de admiración y acatamiento. Van ellas como absurdos encarnados, que nacen y se desarrollan en atmósferas de envidia, donde no hubo jamás cabida para la generosidad del alma. Predestinadas diríamos a lo mezquino por una especie de fatalidad, recorren su camino dentro de un cerco de cardos, y van siempre husmeando por hallar a todo trance, lo imperfecto del prójimo. Nada vale nada si no ellos solos. No fue para los tales inventado el goce divino de admirar lo admirable, de inclinarse ante la mag-

Notas

nanimidad o el heroísmo, de tributar aplauso a los que se empujan por sobre esta avenida de lodo y con sus virtudes empujan hacia arriba a la caída humanidad. Sedante y placentero, al contrario, es el espectáculo de esotras almas, raras, formadas en el molde de la nobleza legítima. Son ellas las que saben valorar y exaltar los esfuerzos de engrandecimiento con que el individuo y la sociedad se levantan a la cima de la belleza ideal. En estos espíritus anidó la justicia que hace saludar con emoción y reverencia al mérito, y en su corazón hubo ancho sitio para el deleite que suscita la contemplación de toda excelencia.

Si el hogar y la escuela diesen al mundo almas nuevas en este yunque templadas, veríamos otra vez el reinado del respeto entre los hombres, extendido a todas sus excelencias, prerrogativas y derechos. La historia habría entonces de escribir en sus páginas cómo la civilización había renacido en brazos del amor cristiano, y cómo se había coronado con nueva gloria. Entonces se vería el hermano reverenciar en la hermana el trasunto divino del semblante materno. El amante vería en su joven prometida un santuario de pulcritud y de esperanzas, a donde no es posible acercarse sino con los arreos del caballero perfecto. El esposo veneraría esa sangre que trasmite a la esposa, para que en el seno santificado por el sacramento se haga fuente de vida, y carne pura y cálida de los nuevos hijos de Dios. El hombre de la calle se inclinaría al paso de sus conciudadanos, y en ellos vería el rostro de esa patria que le regala con sus campos y su cielo, y que lo ampara y enaltece con el manto de sus instituciones sociales y políticas. El hombre individualmente considerado, volvería la mirada dentro de sí mismo; y se llenaría de reverencia para con su propia personalidad, emocionado ante la curva de la creación, donde los seres vuelan a su destino ostentando el sello de la grandeza creadora y bienchora del Señor.

Oiría en el santuario de la conciencia los oráculos de la Sabiduría, que le advierten con qué solemnidad debe habérselas en el trato de sus íntimos tesoros. Comprendería el precio de ese ser que le fue regalado para alcanzar la felicidad sin ocaso, y se estremecería de gozo y de temor a un tiempo, recordando que el mismo Dios, al decir de la Escritura, nos trata con suma reverencia. "Magna cum reverentia disponis nos". "Oh cristiano —se diría con San León el grande— repara en tu dignidad y emparentado como estás con la naturaleza divina, no consientas nunca en retroceder por tus costumbres degeneradas, hasta la rastrera vulgaridad de tu pasada existencia".

Todo lo grande, para las almas templadas al calor del mensaje evangélico, ocuparía, en la nueva cultura, un alto puesto de veneración justiciera. Y no solamente las grandezas palpables, sino hasta esa grandeza que se esconde bajo el infortunio. No podrían los cristianos, educados al calor del nuevo mandamiento de Cristo, mostrarse inferiores a la antigüedad que inscribió a los miserables entre las cosas sagradas. "Res sacra miser". Y es que el hombre, aún abatido por el infortunio, nos recuerda que por su alma corre un soplo divino; y que, al modo de un miserable que desciende de una gran familia, su grandeza se oculta ciertamente bajo tristes harapos, pero siempre será grandeza. El dolor pone un sello divino en cada frente que hiere; y esa zupia social que se esconde al margen de las turbas alegres y que vale, al parecer, menos que un punto comprendido en la extensión del mundo, tiene un espíritu que, a su turno, puede comprender mil universos entre las riberas de luz de su propio entendimiento. La frágil caña, la pobre quimera de que habló Pascal, lle-

Notas

va todavía bajo los escombros de su dolor y de su angustia, la nobleza germinal que un día abrirá con plenitud las alas en la victoria definitiva del bien.

NAZARET

Por Alfonso Francisco Ramírez

Dejamos las llanuras de Esdrelón, llenas de suave fragancia, y nos adentramos en una región ríscosa y árida. La tierra endurecida no se cubre ya con el manto de esas minúsculas florecillas que ornan los campos de Galilea. Mas el paisaje cambia repentinamente, y a nuestros ojos aparece un caserío deslumbrante de blancura: es Nazaret, que florece en un valle pequeño, y asciende por las graciosas laderas del Djebel-es-Sinkh, a unos seiscientos metros sobre el lago de Tiberiades.

Una carretera reverberante de luz nos lleva a la población. Enormes cactus se perfilan nítidamente en el seno de la cálida mañana. Alcanzamos las primeras casas, en cuyos patios esplenden olivos, higueras, granados. Honda emoción trabaja nuestras almas, pues nos aproximamos a uno de los santuarios predilectos de la cristiandad: el lugar donde se realizó el Misterio de la Encarnación. Cuenta Lamartine que al penetrar a esta aldea, sintióse conturbado en lo más recóndito de su corazón, y por un movimiento espontáneo, y por decirlo así, involuntario, bajó del caballo y se halló de rodillas en el polvo, sobre una de las rocas azules que erizaban la senda por donde iba.

Penetramos por angosta calle. Las casas son bajas, bien construidas, armoniosamente alineadas. En una plazoleta, gran movimiento de gente. Arabes que conducen pacientes camellos. Vendedores que pregonan mercancía. Murmullos musicales de variados dialectos. Mujeres de singular hermosura: ojos grandes, boca fina, tez pálida, elegante perfil.

Nos dirigimos a una hostería, donde encontramos afable acogida. Mientras nos preparan ligero yantar, nos asomamos al amplio balcón que rasga el piso alto de los dos que forman el edificio. El mediodía ciega y enerva. Por la calle pasan despaciosamente hombres y mujeres. En anacrónico cochecillo, un anciano acompañado de un niño. Una muchacha de traje oscuro, con la faz velada. El ambiente es de recogimiento y de paz.

En la remota antigüedad, Nazaret carecía de importancia. El Antiguo Testamento ni siquiera la menciona. Flavio Josefo tampoco habla de ella. Su nombre significa: "la esplendente" (del hebreo *nazar*, brillar, florecer), o "el retoño", "la flor de Galilea", en árabe *en-Nasira*. Para los cristianos tiene importancia excepcional, porque en ella residió la Virgen Santísima, se verificó la Encarnación y el Hijo de Dios vivió su vida oculta, durante treinta años. Nos encaminamos a estos sitios venerados.

El Emperador Constantino mandó edificar una suntuosa basílica, sobre la gruta de la Anunciación. Fue destruída por los sarracenos, en la época de los Cruzados. Sobre sus ruinas, éstos levantaron, hacia el 1187, otra nueva, de tres naves. Destruída en 1233 por el sultán Bibars, fue durante 400 años un hacinamiento de ruinas. En 1300 se establecieron precariamente los franciscanos. Y fue hasta 1730 cuando la actual iglesia de la Anunciación pudo ser construída precipitadamente, pues el Sultán otorgó permiso para ello, con la condición de que la obra fuera concluída en tres meses, o en caso contrario, sería confiscada.

Eran aproximadamente las tres de la tarde, cuando se nos abrió la fe-

Notas

rrada verja del Convento Latino, de altos y blancos muros que le dan apariencia de castillo. Un fraile franciscano, se ofrece afectuosamente a servirnos de guía. Atravesamos ancho patio, enjoiado de arbustos y flores. En uno de sus ángulos se yergue una columna monolítica, de origen egipcio, mostrando en su cimera una imagen de la Virgen de Lourdes. Cruzamos el umbral, de la época constantiniana, desgastado por las pisadas de millares de peregrinos, y nos encontramos en el interior del templo. Es sencillo, pero hermoso.

Está dividido en tres naves, por magestuosos y robustos pilares. Forma un rectángulo de 22 metros de largo, por 17 de ancho, en su parte interior. El fondo central de la nave lo ocupa el altar mayor, que se eleva precisamente sobre la cripta. Dos escalinatas, dispuestas a derecha e izquierda, conducen a él; en tanto que en el centro se ve una más amplia de mármol blanco, que descende al santuario propiamente dicho. Bajando quince escalones, nos encontramos en un vestíbulo de siete metros y medio de largo, por tres de ancho, llamado la "capilla del Angel". En el arco de entrada, cinco lámparas dan su luz a la estancia. El altar de la derecha está dedicado a San Joaquín y Santa Ana; el de la izquierda al Arcángel San Gabriel. En medio se abre la entrada que, bajando dos gradas, y pasando bajo un arco ojival del que penden tres lámparas, nos lleva a la "capilla de la Anunciación", íntegramente excavada en roca. En ella hay dos hermosas columnas, del lado izquierdo: la primera, de granito, marca el punto donde estuvo el Arcángel; la segunda, de pórfido, indica el lugar donde oraba la Virgen cuando recibió el celestial mensaje.

En el centro se contempla el altar de la Anunciación. Es de mármol blanco, adornado con cuatro columnas de pórfido, que sostienen el baldaquino. El cuadro del altar representa la Anunciación. Debajo de la mesa arden continuamente cinco lámparas de plata. En el suelo se abre una bellísima rosa de mármol, y en la pared del fondo se lee una inscripción latina, que dice: *Verbum caro hic factum est*, "aquí el Verbo se hizo carne". Un sentimiento de inefable asombro y de íntima religiosidad domina nuestro espíritu. Y la claridad que mansamente descende de las lámparas, se ve mezclando con la plegería que, desde el fondo del alma, pugna temblorosamente por subir a los cielos.

No pueden existir palabras que sustituyan al relato evangélico, que musitamos unciosamente: "Envió Dios al ángel Gabriel a Nazaret, ciudad de Galilea, a una virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado Joseph, y el nombre de la virgen era María. Y habiendo entrado el ángel a donde ella estaba, le dijo: Dios te salve, oh llena de gracia! el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres. Al oír tales palabras la virgen se turbó y púsose a considerar qué significaría una tal salutación. Mas el ángel le dijo: Oh María! no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios. Sébete que has de concebir en tu seno, y parirás un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David; y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin.

"Pero María dijo al ángel: Cómo ha de ser eso? Pues yo no conozco ni jamás conoceré varón alguno. El ángel en respuesta le dijo: el Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, o fecundará. Por cuya causa el fruto santo que de tí nacerá, será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes a tu parienta Elisabeth, que en su vejez ha concebido también un hijo; y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes: por-

Notas

que para Dios nada es imposible. Entonces dijo María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y en seguida el ángel, desapareciendo, se retiró de su presencia”.

A la derecha del altar de la Anunciación se encuentra una puertecilla que conduce a una estancia oscura, donde se halla un altar dedicado a San José. De allí, subiendo doce escalones, se tiene acceso a una gruta superior, que tradicionalmente se conoce como la “cocina de la Virgen”. Existe desde tiempo inmemorial, pero no se ha llegado a aclarar su significado. Esta disposición de la casa de la Virgen es idéntica a la de centenares de casas en Nazaret, compuestas de dos partes: una estancia apoyada en el flanco de la colina, con el techo cubierto de arcilla y ramazones de árbol, y en el fondo de esta pieza, una cueva horadada en la roca.

Abandonamos esta iglesia inolvidable, y nos dirigimos al N. E. del Convento, para visitar el Templo de la Nutrición, o sea la casa del Carpintero, el lugar donde Jesús pasó los años floridos de su niñez y de su juventud, al lado de María y de José, hasta los 30 años. Dice la tradición que la casa o taller constaba de una estancia adosada a la montaña, una gruta y un huerto. En el siglo V o VI se edificó aquí una espléndida basílica, que se denominó *nutritio domini*. Destruída por los sarracenos, fue reconstruída por los Cruzados. Arrasada nuevamente en 1263 por el Sultán, permaneció largo tiempo en ruinas. En 1754, los iranciscanos fueron comprando casa por casa, lo que les permitió construir el actual *Templo de los trabajadores*. Es sencillo, sobrio, de buen gusto.

Cerca se levanta otra iglesita, que cuidan griegos ortodoxos. A su vera se encuentra la sinagoga, donde enseñaba Jesús. Fuimos allá, pasando por un mercado. Los bazares mostraban telas, cestas de higos y dátiles, infinidad de objetos. Callecitas empinadas, retorcidas, con el pavimento recubierto de piedras, nos llevaron al antiguo monumento. Es pequeño. De alta calidad artística. Lo que de él queda está bien conservado. Aquí aconteció lo que narra San Lucas:

“Habiendo Jesús ido a Nazaret, donde se había criado, entró, según su costumbre, el día de sábado en la sinagoga, y se levantó para encargarse de la leyenda y de la interpretación. Fuéle dado el Libro del Profeta Isaías. Y abriéndole, halló el lugar en que estaba escrito: El Espíritu del Señor reposó sobre mí; por lo cual me ha consagrado con su unción divina, y me ha enviado a evangelizar, o dar buenas nuevas, a los pobres, a curar a los que tienen el corazón contrito, a anunciar libertad a los cautivos, a los ciegos vista, a soltar a los que están oprimidos, a promulgar el año de las misericordias del Señor o del jubileo, y el día de la retribución. Y arrollado, o cerrado el libro, entregóselo al ministro y sentóse. Todos en la sinagoga tenían fijos en él los ojos. Su discurso le comenzó diciendo: La escritura que acabáis de oír, hoy se ha cumplido. Y todos le daban elogios, y estaban pasmados de las palabras tan llenas de gracia, que salían de sus labios, y decían: No es este el hijo de Joseph, el carpintero? Díjoles él: sin duda que me aplicaréis aquel refrán: Médico, cúrate a ti mismo: todas las grandes cosas que hemos oído que has hecho de Capharnaum, házlas también aquí en su patria. Más luego añadió: En verdad os digo, que ningún profeta es bien recibido en su patria”.

Cerca de la iglesia de San José encuéntrase la Fuente de María, que proporciona a la población agua proveniente de un manantial de la montaña. El líquido rumuroso y transparente, sale por tres llaves. Aquí vienen niños y muchachas para llevar agua en alargados cántaros, al igual que en aquel tiempo

Notas

lo hicieron el pequeño Jesús o su madre María o Myriam, (en ambas formas aparece el nombre en los manuscritos griegos del Evangelio como traducción del nombre griego, Miriam).

Caía la tarde con dulzura infinita. Pensativamente contemplaba las calles y plazas de esta pequeña ciudad, donde transcurrieron 30 años, velados de silencio y modestia, del Salvador del mundo. De ellos, lo único que sabemos está condensado en estas palabras de San Lucas: "Entre tanto, el niño iba creciendo, y fortaleciéndose, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en El... En seguida se fue con ellos, y vino a Nazaret; y les estaba sujeto. Y su madre conservaba todas estas cosas en su corazón. Jesús entretanto crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres".

Ibamos a partir. Dentro de algunos minutos dejaríamos la tierra santificada con la presencia de Jesús, los lugares donde jugó de niño, donde soñó de joven, donde trabajó en humildes menesteres de artesanía. Una sensación indecible, de nostalgia y de pena, nos inundaba el alma. Y nos fuimos alejando por las redondas colinas, con el pensamiento y la mirada fijos en los lugares que habíamos visitado, mientras nos envolvía en resplandores de oro y púrpura, uno de los más bellos crepúsculos de Galilea.